

El milagro de San Francisco de Tiznados

El Nacional, 1956-01-31.

– Creció un tantico así...

Y el hombre del pueblo separa dos dedos como tres centímetros.

A pesar de ser de madera reseca de cien, doscientos años, el Cristo de poco menos de un metro que se venera en San Francisco de Tiznados ha roto el cristal de la urna en que ha estado colocado "desde siempre" y ahora le rebasan las puntas de los pies.

Las campanadas de "¡mi-la-gro, mi-la-gro!"... han ido sonando de corazón en corazón y de casa en casa y de ruina en ruina en San Francisco, de hato en hato en la sabana, de caserío en caserío y de pueblo en pueblo en el Guárico. Y toda Venezuela se llenó hace pocos meses del prodigio cuando llegó la campanada del nuevo milagro del periódico.

–2–

– Este pueblo –dice el Itmo, señor Mariano Martí en su relación de la Visita General que en la Diócesis de Caracas hizo entre los años 1771-1784– es de vecinos españoles y gentes de otras castas. Unos habitan dentro de la población y otros en los campos, donde tienen sus sementeras y principalmente hatos de ganado vacuno, de mulas y de caballos".

En aquel entonces, según la minuciosa relación de Monseñor Martí, había en San Francisco de Tiznados 619 hombres solteros, 266 hombres casados, 441 mujeres solteras, 269 mujeres casadas, 343 párvulos, 302 párvulas y un total grande, entre blancos, indios, pardos, negros y esclavos, de 2.240 habitantes. La mayor proporción era de negros, con 1.132; después venían los esclavos, con 345; en tercer lugar los pardos, con 344; después los blancos, con 283, y por último los indios, con 136 habitantes, de los que sólo 16 hombres estaban casados.

El 28 de abril de 1780, cuando llegó la autoridad eclesiástica, San Francisco de Asís de Tiznados era una población próspera. Las rentas anuales del curato ascendían a 101 pesos. Con 110 más de primicias, 265 de ovenciones, "misas cantadas de devoción", bautismos, casamientos y entierros, 96 pesos al año de derechos de sepultura y velaciones, y 4 pesos al año de limosnas, hacían un total de 576 pesos.

San Francisco tenía doble población que la de Hortiz, hoy Ortiz, que sólo contaba en el tiempo de esta visita pastoral de confirmaciones con 1.187 habitantes.

-3-

San Francisco, a orillas del río Tiznados, está hoy, con más casas muertas y menos esperanza de caminos, a diez leguas de Ortiz.

Una bandera trabajosamente encaramada al asta de la Jefatura Civil dice que aquí también llega Venezuela. Y lo dice también la voz y la cortesía campesina de esta gente que se presenta al visitante con sencillez ceremoniosa:

- Angel María Bolívar, encargado de la Jefatura, para servirle...

Le acompañan el señor Henríquez, que está dirigiendo las obras del nuevo templo y el alguacil, con su bicicleta en la mano.

- Anda, Jesús, acompaña a estos señores a la iglesia... Déjate esa "bicha" ahí, en cualquier sitio., No te la quitan, aquí nadie sabe manejarla...

Y la única bicicleta del pueblo, con sus luces, sus cintas y sus chucherías de bazar, queda recostada contra el muro de bahareque con el aire triste que puede tener un vehículo de ruedas en este caserío sin caminos.

- El periódico llega "por tiempos" -explica el señor Bolívar, atusándose sus venerables mostachos blancos- cuando viene el correo que llega a caballo o a burro o a pie, como cuadre y esté el tiempo.

Y mientras sus 72 años se resienten al subir la cuesta hacia la iglesia:

- Este pueblo lo mató el paludismo. Cuando lo vencieron, ya el pueblo estaba muerto. El remedio llegó un poco tarde. Lo que ahora hace falta es la carretera... Mire, esto era la Calle Real: más allaíta quedaba la Calle El Porvenir, y más abajo la Calle Bermúdez... Ahora sólo quedo yo. Los demás murieron o han nacido después de que el pueblo se quedó en este caserío arruinado... Y a mí ya me cogió la noche y no puedo salir.

San Francisco de Tiznados está en una ladera del cerro con unas pocas ruinas en pie y mucho monte piadoso cubriendo las ruinas que ya cayeron. En lo alto del cerro, dominando las pocas casas que quedan y mirando las huellas de lo que fueron calles trancadas, pisadas de gente, voces de niño, talleres de artesano, están las ruinas erguidas de una iglesia como hay pocas en todo el país.

A pesar de las grietas en los arcos, los rotos de ladrillo y mampostería en sus columnas y en sus muros de medio metro; a pesar de tener su techo entero tendido muerto en el suelo, a pesar de los nichos vacíos, la pila bautismal en posición de entierro, el coro sin voces, la torre sin campanas, el altar vacío de ornamentos, el atrio sin gente, la iglesia de San Francisco, con la extraordinaria armonía de formas y proporciones, con el venerable silencio de muerte en que viven sus ruinas, infunde un respeto, un recogimiento y un sentido tan profundo de lo ultraterreno que mueve a oración.

En el medio de un amplio espacio de plaza, una columna con una inscripción que dice:

"El Municipio de San Francisco al eminente Juan Germán Roscio. 1890".

Encima, el busto que el pueblo erigió con orgullo al hijo que tomó parte en la firma del Acta de la Independencia, aguantando del amanecer a la noche el sol a plomo del llano sin más compañía que el monte ocioso y aquel silencio de ruinas y de soledad.

Frente al civilista, en torno a la cárcel en ruinas, a la casa donde nació en ruinas, a todo el pueblo cayéndose a pedazos, el único vestigio de voluntad de vivir: la nueva construcción de asbesto y bloques de la nueva iglesia, que parece un gran garage.

Al lado una construcción a medio hacer a medio parar por falta de medios, dos campanas colgadas de una troza a la altura del hombre. Una fundida en 1861, la otra en 1867. Las dos vocean con timbre de esquila el repique de las fiestas por febrero (el 2 y el 3, cuando bajan las aguas del invierno) y doblan mirando al cielo, como todo auxilio espiritual cuando conducen al muerto envuelto en su chinchorro.

Y un poco abandonada, pero todavía en pie, la casa cural sin cura, donde han encontrado refugio las imágenes desde hace 12 años y donde el cura que sube de Ortiz por fiestas a bautizar y casar celebra también su Misa una vez al mes.

-4-

Lo que era la casa cural son dos piezas de 4 por 5 metros con techo de planchas de acaproy caña, muros de bahareque y poso de ladrillo. De día claro se ve el cielo a través del techo, y cuando llueve cae agua también. Las imágenes están cubiertas con paños que ya están sucios de las goteras. La urna de cristal está sobre una mesita cubierta con un mantel de plástico y encuadrado por jarrones de flores de papel. Delante, un Niño Jesús puesto en una cajita con un lado de vidrio y un platillo con un fuerte, algún que otro bolívar y muchos centavitos. La talla de madera del Cristo, de gusto sobrio y de mérito, está rodeado de flores de papel de todos los colores, y una carta que dice con letra no muy torpe:

"Señor Presbítero Juan Bautista Lara Aponte, Cura de Ortiz y de San Francisco de Tiznados. Para el señor Cristo. Petición y promesa". Y al dorso: "Reverendo Padre Lara Aponte: dándole las gracias para que tenga la bondad de ponerme esta petición al Santo Cristo en un lugar seguro. Va la firma mía en otro sobre. Todavía no quiero publicarla; más después, cuando él me lo conceda".

Hay un arcón de madera lleno de hojas sueltas del libro de bautizos del siglo pasado, comidas por el comején, velas encendidas sobre potes de leche vacíos de marcas de que se cantan por la radio con estribillos, y hay también murciélagos colgados de las cañas que de vez en cuando se mueven muy feo por entre las vigas de acaproy. Todo está en un estado de abandono y soledad que da tristeza.

Pero el Cristo está en buena compañía. Están con él, que está colocado en el centro de la habitación, con el armazón de la urna pintado de azul verdoso para las últimas fiestas: la Virgen Dolorosa, curiosamente ataviada de blanco; un San Francisco de casi dos metros y cien kilos que regaló el General Crespo a fines de siglo y subió cargado en hombros desde Ortiz con refuerzo de comisiones venidas de toda la región; dos cristos de tamaño natural con paños rojos gemelos en la cintura; una Virgen del Carmen y una Virgen de la Luz de rostros ingenuos cubiertos hasta el cuello con unos paños color morado pálido; un san Francisco "chiquito", la antigua imagen milagrosa que se venera en el pueblo, y otros dos "San Francisquitos" que parecen copiados del mismo modelo. Hay además un Santísimo de madera con disco de metal amarrado con una cabuyita,

guardado en un nicho de madera, del que cuelgan algunos milagros; un San Juan Bautista con manto rojo y dedo erguido; un Cristo de la Pasión, descansado de cruz, y un ángel con las mejillas sonrosadas de siempre.

-5-

La voz del pueblo, que es la voz de Dios, dice que el milagro del crecimiento de la talla de madera del Cristo se venía produciendo desde hace unos cuatro o cinco años, pero el milagro tiene apenas unos pocos meses de edad.

Cuenta Angel María Bolívar, que nació hace tres cuartos de siglo en una Calle Real que ya no existe, que Pancho Carmona, juez del municipio, fallecido recientemente, y Mercedes Avila, trabajador "que también se dedica a ensalmos", venían una noche hacia San Francisco cuando divisaron "una luminaria" flotando sobre las ruinas de la iglesia, que después tomó la dirección de la casa cural. Los hombres corrieron al lugar y vieron con sorpresa que estaba roto el vidrio de la urna del Cristo, mostrando una estrella de cristal estallado a la altura de los dedos del pie de la imagen, a pesar de estar ésta pegada al cristal opuesto.

Fue cuando las campanadas de "¡mi-la-gro, mi-la-gro!" sonaron a golpe de voz y de emoción y de recados, y después comenzaron a regresar a pasos de peregrino de muchos rincones de Venezuela y de comisiones organizadas en Ortiz y en Calabozo. El Padre Peña que "es de aquí y está ahorita por Cazorla", formó parte de una de estas comisiones y "dio fe de que aquella imagen había cabido siempre perfectamente en aquella urna".

Esto tiene, naturalmente, a los 80 habitantes que quedan en el caserío que antes era la población progresista de San Francisco de Asís de Tiznados, esperanzados de que se va a reconstruir la iglesia y se va a trazar un camino para vehículos.

Mientras tanto, no saben cuándo podrán terminar la iglesia que parece un garage, pero tiene techo de asbesto; los hornos de cal y ladrillo seguirán fríos en espera de alguien que quiera encenderlos; el maíz y la menestra que cultivan en sus flacos conucos no podrán competir con los de otros lugares que tiene población que comer y carretera que lleguen a alguna parte donde vender; el ganado que se vende a San Juan de los Morros y Valencia tendrán que bajarlo a pie; los hombres seguirán ganando un fuerte y hasta tres bolívares por día, y comida; los vecinos del caserío seguirán dependiendo de un planta de gasoil que se descompone a menudo y deja a oscuras las casas arruinadas del caserío, y seguirán confiando, impotentes, en que el Cristo que creció tres centímetros quiso darles así demostración de su poder y acaso les de también una carretera.